

ACTO DE CONMEMORACION DE LOS 30 AÑOS DE LA PUBLICACION DEL  
DOCUMENTO CONCILIAR "NOSTRA AETATE".

CENTRO DE EXTENSION  
1995.

OCTUBRE 24 DE

Cuando en esta misma casa celebrábamos los veinte años de la publicación de la Declaración "Nostra Aetate", no se había alcanzado todavía el punto en que se establecieran relaciones diplomáticas plenas entre la Santa Sede y el Estado de Israel.

Este fue un paso muy importante porque no se puede entender la relación de los cristianos con los judíos como un asunto solamente de relaciones interpersonales. Israel, como la Iglesia, es un pueblo, y tiene expresiones colectivas de tal, las cuales son fundamentales si se quiere establecer un diálogo que sea fecundo. Y la modalidad misma de la existencia del Estado de Israel propone características que son del todo nuevas entre los estados modernos. Recuerdo en mi primera visita a Israel, hace ya muchos años, cuando a un joven guía que se declaraba enteramente secularizado y que declaraba no profesar la religión judía, le pedí que me explicara los derechos que según él tendrían los judíos a la tierra en que vivían. Y me respondió sin vacilar: Es la tierra prometida. En la raíz y razón de ser del Estado de Israel, está la promesa de Dios, promesa que no se puede abrogar. Hay una relación cristiana con el pueblo judío, que debe ser cultivada y perfeccionada, que debe ser meditada y vivida. Porque la Iglesia no podría jamás olvidar "que ha recibido la revelación del Antiguo Testamento por medio de aquel pueblo con quien Dios por su inefable misericordia se dignó establecer la Antigua Alianza, ni puede olvidar que se nutre de la raíz del buen olivo en que se han injertado las ramas del olivo silvestre que son los gentiles. y tiene siempre ante sus ojos las palabras del apóstol sobre sus hermanos de sangre, a quienes pertenecen la adopción y la gloria, la alianza, la ley, el culto y la promesa, y también los patriarcas de quienes procede Cristo según la carne..."

La parte de "Nostra Aetate" que se refiere al pueblo judío, tiene en nuestro siglo un carácter especialmente actual, constituye una interpelación a la conciencia que debería sacudir la de cualquier cristiano de este tiempo. Porque el horror del Holocausto compromete la responsabilidad de la humanidad entera, y no sólo la de los atroces verdugos que lo perpetraron. La Iglesia como pueblo de Dios, como pueblo, se halla en las antípodas de un mundo individualista, en el que no tiene sentido que unos pidan perdón por lo que hicieron otros. Y así, recordando las misericordias de Dios y también los pecados de su historia, ella se siente llamada constantemente a la conversión, al arrepentimiento, a la penitencia; y por eso busca reconocer los pecados y las fallas históricas - no

sólo las que se manifiestan primariamente en la existencia individual , sino también aquellos cuya expresión son actitudes colectivas que no reflejan el rostro de su Señor. Y entre estas difícilmente se hallaría una más triste y más cargada de negación del orden querido por Dios, que esta del antisemitismo. Nuestro tiempo es testigo de esfuerzos humildes, pero reiterados para desterrar muchísimos prejuicios, para allanar caminos, para buscar perspectivas comunes, para ahondar en la riqueza de la tradición que pertenece conjuntamente a la Iglesia y al pueblo judío.

Pero esto no es sino un punto de partida. Queda muchísimo por hacer. Hay una misión propia de Israel, testigo de las misericordias de Dios, testigo de sus promesas y testigo de su justicia. No se trata entonces de un simple volverse humanitario de los cristianos hacia un pueblo que ha sido perseguido por ellos mismos; ni se trata de olvidar las diferencias de misión en un sincretismo banal que sería tan del agrado de nuestro tiempo. Se trata de buscar juntos el rostro de Dios, y de reconocer su plan y su designio sobre la humanidad. La Iglesia no reconoce por misión la de arreglar asuntos de política internacional ni regular las relaciones entre los pueblos, sino la de reconocer los caminos de Dios en la historia personal y social. Ella ofrece siempre la riqueza de Su señor que la anima, y reconoce su presencia en sus hermanos, y en este caso, reconoce gozosamente su presencia en Israel.

Un supuesto necesario es la proscripción de toda forma de antisemitismo, y hasta de la sombra del prejuicio adverso respecto de nuestros hermanos judíos. Pero eso no es sino un primer paso para establecer un diálogo fraterno que muestre la multiforme riqueza de los dones de Dios. Esta Universidad Católica se alegra de poder celebrar los treinta años de Nostra Aetate, a los pocos días de haberse reunido a celebrar los treinta años de la clausura del mayor acontecimiento eclesial de nuestro siglo que fue el Concilio Ecuménico Vaticano II. Hay en esta doble celebración como un símbolo de algo que nos debe animar en nuestra búsqueda de la voluntad de Dios.

No es mi propósito ahondar en el significado de esta celebración. Sólo deseaba resaltar su importancia, y dejar con la palabra a los distinguidos expositores. Pero sentí que era una obligación mía recalcar con cuanta fuerza me fuera posible, el valor singular que para esta institución de la Iglesia tiene el documento del que estamos celebrando treinta años de vigencia.